

# Relatos “Do not Disturb” 2008



HOTEL ★★★★★  
MONTIBOLI



AJUNTAMENT DE LA VILA JOIOSA



CAM

Caja Mediterráneo

No molestar  
*de José Ignacio Señán*

Nunca es tarde  
*de Maribel Romero*

La noche calmada de César Ritz  
*de Ximo Llorens*

Gula  
*de Juan Lorenzo Collado*

La imagen de tu recuerdo  
*de Roque Pérez*

Otra noche más sin él  
*de Cuca Gálvez*

I concurso relatos "Do not disturb" (2008)

Estos Relatos son una atención gratuita  
del Hotel Montíboli para sus clientes

# Relatos “Do not Disturb” 2008



Patrocinado por:



*Ante todo, me gustaría empezar estas palabras felicitando al Hotel Montíboli por su 40º aniversario y destacando la magnífica acogida que ha tenido el concurso literario “Do not disturb” que organizó el hotel dentro de la programación de actividades para celebrar sus cuatro décadas de trabajo, esfuerzo y entrega.*

*El nombre de este certamen de relatos cortos juega con dos elementos que han hecho del Montíboli uno de los establecimientos hoteleros de referencia de nuestra tierra, y que son la tranquilidad y la paz que se respira desde sus instalaciones y la dinamización social y cultural que se manifiesta en todas las actividades que organiza habitualmente el Hotel, pero muy concretamente las derivadas de su 40º aniversario.*

*Además, la relevancia que obtuvo el concurso “Do not disturb” se pone de manifiesto en los más de 100 autores que participaron, no sólo desde España, ya que algunos de ellos fueron escritos en países como Argentina, Estados Unidos, Francia o Reino Unido.*

*Por ello, desde Caja Mediterráneo queremos felicitar doblemente al Montíboli. Primero, por la magnífica idea que tuvieron al poner en marcha el certamen literario, uniendo el descanso y la calma propios de este Hotel con el arte y la cultura de los relatos. Y segundo, por sus 40 años de dedicación e ilusión que han convertido a este establecimiento en una “pequeña joya” del turismo alicantino.*

*Enhorabuena*

Armando Sala Lloret  
Presidente del Consejo Territorial de Alicante de  
Caja Mediterráneo

El Hotel Montíboli ha cumplido en 2008 su 40 aniversario y para celebrar una espléndida madurez ha creado un premio literario: el Concurso “Do not disturb”.

Este libro recoge los relatos galardonados con el primero y segundo premio, así como una selección de los finalistas del citado certamen en su primera convocatoria. Anualmente publicaremos una recopilación de los relatos premiados en el Concurso “Do not disturb”, en sus sucesivas ediciones, para que siempre que nos visiten encuentren un ejemplar en sus habitaciones.

Agradecemos la excelente acogida de esta iniciativa, que no hubiera podido materializarse sin la participación de todos aquellos que nos remitieron sus escritos desde distintos puntos de Europa.

En nuestra página web: [www.montiboli.es](http://www.montiboli.es), encontrarán toda la información necesaria para participar en las próximas convocatorias de este concurso literario.

Edita: © Hotel Montíboli

Diseño de la portada: Argos Comunicación

Maquetación e Impresión: Mediaprint S.L.

Fecha: Diciembre 2008

Lugar: Villajoyosa

Un jurado compuesto por José Luis Ferris, Mariano Sánchez Soler, Isabel Vicente, Carlos Ferrer, Susana Abia y Manuel García otorgó, el día 31 de mayo de 2008 los siguientes premios del I Concurso de Relatos “Do not disturb” del Hotel Montíboli.

**I PREMIO “Do not disturb”**

**No molestar, de José Ignacio Señán**

**II PREMIO “Do not disturb”**

**Nunca es tarde, de Maribel Romero**

**FINALISTAS:**

**La noche calmada de César Ritz, de  
Ximo Llorens**

**Gula, de Juan Lorenzo Collado**

**La imagen de tu recuerdo, de Roque  
Pérez**

**Otra noche más sin él, de Cuca Gálvez**

## INDICE

Leyenda del Montíboli .....	1
No molestar .....	3
Nunca es tarde .....	7
La noche calmada de César Ritz .....	13
Gula .....	19
La imagen de tu recuerdo .....	25
Otra noche más sin él .....	31

# *Leyenda del Montiboli*

*Cuenta la leyenda que allá por el siglo X, durante la ocupación árabe del Levante español, vivía en las costas alicantinas cerca de donde ahora se alza la ciudad de Villajoyosa, La Vila Joiosa (La ciudad alegre), un rico y joven comerciante árabe llamado Mohamed Al Bali.*

*Durante los años en que su familia permaneció en estas tierras, se enamoró perdidamente de la hija de un pescador cristiano que descargaba sus redes en las playas cercanas a lo que posteriormente sería La Vila Joiosa.*

*El rechazo frontal de ambas familias a una unión que era una deshonra para Al Bali y un sacrilegio para la familia de la joven, les obligó a verse a escondidas y siempre alejados de cualquier sitio habitado.*

*Ante la imposibilidad de que su amor fuese aceptado y debido a la enorme presión que ejercían las familias, la pareja tomó una decisión desesperada.*

*Subirian hasta una de las colinas que bordeaban la escarpada costa. Allí había un hermoso acantilado desde el que se divisaba la inmensidad del mar y la paz lo envolvía todo. Ese paraje había sido siempre el mudo testigo de su imposible amor.*

*Desde lo alto de aquel acantilado, su cómplice refugio, prometiéndose amor eterno, se lanzaron al vacío desapareciendo para siempre. Desde aquel día, los habitantes árabes de las zonas limítrofes a La Vila Joiosa, en su recuerdo, llamaron a aquel acantilado Monte Al Bali que con el tiempo se convirtió en Monti-boli y desde entonces existe la creencia, como reza el monumento a la entrada del Hotel Montiboli, que “Desde este lugar, las almas de los elegidos, emprenden el último viaje al paraíso”.*

# **No Molestar**

*José Ignacio Señán*

## **José Ignacio Señas**

Madrileño, licenciado en Ciencias de la Información. Ha trabajado toda su vida en una entidad bancaria. Actualmente está prejubilado. Este relato es su primer trabajo literario que resulta premiado.

El cartel de “NO MOLESTAR” quedó colgado en el pomo exterior de la puerta. Aquel fin de semana sería único e irreplicable. Quizá debieron venir antes, pero por unas cosas u otras nunca encontraron el momento. Sin embargo hacía escasamente veinte minutos que habían llegado y ya en el ambiente se respiraba la magia de aquel momento. La puerta del balcón semiabierta acercaba el aroma intenso del mar y el silencio de la noche incipiente.

Él, moreno, alto, todavía apuesto para su edad y orgulloso de haberla traído hasta allí, la miraba sonriendo dulcemente seductor. Ella, hermosa, de ojos grandes azul turquesa, esbelta, callada, trataba de esquivar su mirada. Al fin sus pupilas se encontraron delicadamente. La rodeó con sus brazos y lentamente, retirando el pelo de su cara le besó la mejilla. Un escalofrío recorrió su cuerpo como la primera vez.

Muy despacio comenzó a acariciar sus manos torpes de vejez, su pelo encanecido, su piel fatigada. Ella, sentada en la cama con la mirada perdida en el infinito, esbozaba una sonrisa cómplice de sentimiento y vacía de luz. Ya no era su hora, ni su mundo, ni su tiempo. No estaba allí.

Le puso su enagua blanca bordada, su traje largo de noche color lavanda, sus zapatos de tacón alto, collar de nácar y pendientes de aguamarina. La peinó muy despacio, soltando su pelo por encima de los hombros y dibujó algo parecido a unos labios de carmín. Estaba radiante brillando bajo la luz de la luna.

Él, camisa blanca de puño, traje oscuro a medida, corbata de rayas y gemelos a juego, parecía un galán de cine cortejando a su amada.

Una música lenta sonaba a lo lejos. Con gran ternura la tomó de las manos y juntando sus cuerpos bailaron y bailaron eternamente.

El resplandor de la luna reflejaba su oasis de luz sobre las olas. El olor de los jazmines, la sal, el rumor de la noche atravesando la bahía sólo interrumpido por un susurro.

- Pero, ¿tu quién eres?, ¿qué hacemos aquí?
- No te preocupes amor, no te preocupes.

**Nunca es tarde**

*Maribel Romero Soler*

## **Maribel Romero**

Ilicitana, licenciada en Derecho y experta en Derechos de Autor. Ha cursado estudios de redacción y estilo, novela negra y formación de lectores. Ganadora del primer Certamen de Microrelatos “Día de Internet” patrocinado por la Comunidad de Castilla la Mancha, finalista del certamen de cuentos de Hoteles NH y finalista del primer concurso Internacional de relatos Ciudad de Cartagena.

Hacía dos años que me había separado de mi mujer cuando conocí a Loren. Jamás hubiese imaginado que podría volverme a enamorar, me encontraba bien en mi piel de soltero, tenía casa, coche, un buen trabajo y ganas de divertirme, pero el amor es así, caprichoso e insolente, y cuando te toca el alma sabes que no tienes escapatoria.

No pensaba contárselo a mi familia y amigos, descubrí que aquella increíble historia cobraba intensidad a medida que el secreto crecía, pero el brillo de mis ojos me delató. “¡Tú estás perdidito!”, me dijo mi madre, que para estas cosas tiene un olfato especial. “¿Eres feliz?, pues eso es lo que importa”, añadió, sin saber todavía que la tal Loren de la que le había hablado, no era en realidad ninguna Lorena ni siquiera fan de Sofía Loren, sino Lorenzo.

¿Cómo se le puede decir a la madre que te parió que te has enamorado de un tío de uno ochenta y cinco con más músculos que Schwarzenegger? ¿Cómo se le puede explicar que en tu último viaje a Alicante el botones del hotel acabó desabrochándote los ídem del pantalón?. ¿Cómo se puede explicar algo que ni tú mismo entiendes?.

Fue al entrar al hall de aquel impresionante edificio cuando lo vi por primera vez e inmediatamente me cautivó -a pesar de que las chicas de recepción estaban de toma pan y moja- sin embargo, incomprensiblemente, no podía dejar de mirarle a él. Era alto, moreno, con el cutis muy bronceado, ojos color miel, su atlético cuerpo se adivinaba tras el riguroso uniforme gris, me sonrió y yo me derretí. Algo de aceite debió caer al suelo porque al instante se me acercó. “¿Me das las maletas?”, dijo.

Y yo se las di como si fuera un zombi y lo seguí como si fuera un perro y me quedé con la boca abierta como si fuera una muñeca hinchable.

En el ascensor me dijo su nombre, Loren, y yo le susurré que tenía unos ojos preciosos. Se ruborizó un poco. Durante el recorrido de las cinco plantas no dejamos de provocarnos con la mirada y de lanzarnos sonrisas intencionadas.

Llegamos a la habitación, 507, un número para no olvidar, y Loren dejó las maletas en el suelo. Me disponía a darle propina cuando puso su mano sobre la mía y me dijo: “no, por favor, mejor me invitas a una copa”. El contacto de aquellos dedos largos y fuertes con mi piel me produjo la misma sensación que una corriente eléctrica. Quedamos a las ocho de la tarde, cuando él acababa su turno. Eran las seis y me moría de ganas de volver a verle. Estaba ansioso por que transcurrieran de un plumazo esas dos horas y al mismo tiempo algo inquieto, tan sólo llevaba diez minutos siendo gay y no tenía ni idea de cómo transcurriría nuestro encuentro.

Me miré al espejo, me alboroté un poco el pelo para darle un toque más moderno, sustituí mi traje por unos vaqueros y una camisa blanca y rocié algo de perfume en mi cuello y en las muñecas. Por un instante pensé que aquello era una locura, jamás me había fijado antes es un hombre, yo había tenido tres novias y había terminando casándome con una cuarta, pero una cosa estaba clara, con las cuatro había fracasado. ¿Sería posible que estuviera saliendo del armario cuando ni siquiera sospechaba que alguna vez me había metido en él? Tenía que ser sincero con Loren, no podía engañarle, quizás esperaba algo de mí que no era capaz de ofrecerle, ni si-

quiera sabía si debía llevar yo la iniciativa o debía dejarlo a él, y si lo dejaba ¿hasta dónde podríamos llegar?

Me estaba poniendo muy nervioso cuando tocaron a la puerta. Me sobresalté como si hubiera sonado una alarma. Abrí y allí estaba él, sin el riguroso uniforme gris, con vaqueros y camisa blanca, como un alter ego. Me sonrió y yo le invité a pasar. Me preguntó qué quería beber. Se acercó al mini bar y me sirvió un güisqui con una de esas botellitas que parecen de juguete. Él se sirvió Coca Cola. Nos sentamos en la terraza mirando el intenso azul del Mediterráneo bajo la luz crepuscular. El corazón me botaba como un resorte. Decidí hablarle claro. Le dije que nunca había estado con un hombre, él me dijo que le ocurría lo mismo. Me quedé extrañado. “¿Qué nos ha pasado entonces?”, pregunté. Me miró a los ojos, me tomó la mano y dijo: “No lo sé. ¿Qué te parece si vas poniendo el cartelito de “NO MOLESTEN” y lo averiguamos?”. Le obedecí. Y así nació, como tantas veces en una habitación de hotel, una historia de amor.

# La noche calmada de César Ritz

*Ximo Llorens*

## Ximo Llorens

Periodista y escritor. Trabaja para el periódico “Ciudad de Alcoy” desde 1978. Ha recibido el Premio Internacional de Periodismo “Lea & Perrins de Worcerster (Inglaterra), el segundo Premio Nacional de Periodismo de la ONCE, y el segundo Premio Internacional de Artículos Periodísticos “Alicante, mar y fuego”.

Sarah Bernhardt se zafó de las decenas de admiradores que la esperaban a la salida del Odeón con sonrisas forzadas, malas maneras y peores modos, subió al coche que la esperaba y ordenó al cochero que azuzara a los caballos para llegar cuanto antes a la Maison Voisin, la hospedería en la que se alojaba y que en poco tiempo se había convertido en un destino deseado. Alejandro Dumas, el Príncipe de Gales, Auguste Escoffier o el mismísimo Víctor Hugo pugnaban por encontrar habitación en el establecimiento cuyas excelencias eran ensalzadas profusamente por todo París. La actriz había sucumbido al hallazgo de ver y oler a diario flores frescas en su habitación siempre recién cortadas en el cercano jardín de Varennes, al detalle brillante de disponer jofainas de exquisita porcelana de Limoges con agua siempre renovada, a la bondad de tener un espejo frente a la cama en el que poder mirarse de cuerpo entero, y al placer de que le llevaran los más exquisitos platos a su estancia. Todo eso gracias a las artes del jovenzuelo casi imberbe que *monsieur* Voisin había contratado unos meses atrás, el mismo que le convenció para que instalara gramófonos en todas las dependencias y el que se ocupaba de que nunca faltara en ellas una botella de champagne enterrada en hielo dentro de un recipiente de plata. Aquel joven brillante convirtió con la habilidad de un mago los cuartos de dormir en estancias para el deleite, y Sarah Bernhardt se prendó de él. Habían sido varias las ocasiones en las que ella había intentado pasar una noche de amor con el apuesto y eficiente *maître*, y todas fueron fallidas. El joven genial no paraba ni un segundo, ni de noche, ni de día. Se le requería a todas horas y en todas partes, y la última vez que Sarah le tuvo en sus brazos, justo cuando comen-

zaba a sentir entre sus piernas el delicioso ímpetu viril de los veinte años, *moinseur* Voisin aporreó la habitación reclamando la presencia del genio, dado que la rica y estúpida *madame* Fauchon estaba organizando un escándalo porque prefería sábanas de algodón en lugar de las de lino. Rica, estúpida, e ignorante además.

Esa noche de noviembre de 1870 la Bernhardt tenía más prisa que nunca por llegar a la Maison Voisin y descubrir cuál era la sorpresa que su joven amante frustrado le había anunciado por la mañana. Cuando llegó, él la tomó de la mano y la llevó a un ala desconocida de la casa, abrió la puerta y le mostró la más lujosa habitación que la actriz podía soñar.

- Espera -dijo él-, ahora viene lo mejor.

La condujo hacia una puerta discreta y abriéndola sonriente, la invitó a pasar. A Sarah Bernhardt se le iluminó la mirada. Se encontraba en un gabinete de aseo personal con todo lo imaginable para la higiene, no tendría que salir de su cuarto y acudir al común donde a menudo había que esperar con resignada paciencia ante la puerta, había una inmensa bañera y sobre una repisa de mármol rosa la selección de jabones, perfumes y esencias más exquisita que imaginarse pueda.

La idolatrada actriz se abandonó en los brazos del joven maître cubriéndole de besos, agradecida y excitada, y cuando comenzaba a arrancarle la ropa, apasionada, se escuchó la voz de alguien que llamaba a su amante echando un jarro de agua fría, una vez más, al fuego de sus cuerpos y de sus almas.

- No respondas, no vayas, quédate... quédate... que esperen... -dijo ella cubriéndole de besos, sin dejar de abrazarlo.

En el corredor, la voz insistía. El joven hizo primero una mueca de disgusto, pero enseguida, como transfigurado por un rayo de luz, se le iluminó el rostro; se apartó con delicadeza de su amante desesperada y sólo susurró:

- Aguarda.

Fue hacia el escritorio de madera caoba y escribió con letras grandes y claras una frase en un papel muy blanco. Abrió la puerta de la habitación y ensartó el papel en el picaporte. Cerró de nuevo y volvió a los brazos de su amada.

- ¿Qué has hecho? – preguntó Sarah Bernhardt envuelta entre caricias.

- Nada –respondió él entre arrumacos-, he puesto un cartel.

- ¿Un cartel?...¿qué cartel?, ¿qué has escrito?

- Tres palabras, mi amor, sólo tres palabras.

- ¿Cuáles? ¿Qué palabras? – dijo Sarah arrastrándolo hacia la inmensa cama.

- *Ne gênez pas* –respondió dejándose llevar.

Entonces la gran actriz rió y ambos rodaron y rodaron y rodaron como un solo cuerpo en el lecho.

Y esa noche César Ritz inventó la calma.

**Gula**

*Juan Lorenzo Collado Gómez*

## **Juan Lorenzo Collado**

Natural de Albacete, es graduado social y compagina su trabajo con su afición literaria. En 1997 escribe su primer cuento que resulta premiado en un certamen, iniciativa con la que emprende su actividad en el mundo de las letras. Ha obtenido numeros premios literarios y sus obras han sido divulgadas en diversas antologías.

Todavía no consigo explicarme cómo para mi forma de pensar, que creía también de ser, ha sido posible seguir los pasos de Cristina hasta este lejano lugar enclavado en el norte. Yo siempre me había considerado una persona formal en el más amplio sentido de la palabra: mi casa, mi trabajo, mi mujer y mis hijos, y alguna afición para mis pequeños ratos de tiempo libre. Pero desde que Cristina llegó a la oficina algo cambió dentro de mí. Algo que no pasó de miradas y de un persistente deseo que no iba más allá de mi pensamiento. Sin embargo, ella debió adivinarlo de alguna manera. Por supuesto, yo no lo había hablado con nadie, por tanto, cuando recibí aquella llamada suya para que nos encontráramos donde ella pasaba sus vacaciones, alguna chispa de mi subconsciente pudo conmigo y tras meter bajo tierra mi conciencia y buscar una excusa inicié mi viaje.

Llegué ya entrada la noche. La carretera había sido estrecha y bacheada y la lluvia me había acompañado desde el mediodía. El hotelito estaba enclavado en las afueras de un pequeño grupo de casas. En el interior se distinguía una tenue y cambiante luz proporcionada por la televisión frente a la que dormitaba la dueña junto al pequeño mostrador que hacía las veces de recepción.

La dueña pareció indiferente a todo lo que le hablé, incluido que buscaba a Cristina y a la descripción que hice de ella. No tardé mucho en rellenar los impresos necesarios para el hospedaje y me acompañó a una habitación en el piso superior. Ya había pasado la hora de la cena y tuve que conformarme con tomar en mi habitación un vaso de leche y alguna repostería casera. Me aproximé a la ventana para mirar la lluvia reflejada en la oscuridad, aunque esa conciencia mía que creía haber engañado y

dejaba olvidada en mi ciudad me estaba acosando durante todo el viaje, hasta que, al mirar fuera, me pareció ver caminar a alguien que, inesperadamente, se volvió y me saludó. Me pareció que era Cristina, pero bastó con un simple parpadeo para que la figura desapareciera. Decidí que lo mejor sería acostarme y descansar.

Pronto me asaltaron una serie de pesadillas en las cuales mezclaba a Cristina y mi mujer, discusiones y, sobre todo, mis remordimientos. Un ruido me hizo despertar sobresaltado y encender la luz rápidamente. La sorpresa me asaltó y mi corazón comenzó a latir con inusitada fuerza cuando encontré sobre la mesilla la fotografía de Cristina que había en su mesa de la oficina y que más de una vez me hubiera gustado quedarme. La cogí, en un intento de cerciorarme de que era real, y la volví a dejar allí sin poder creer lo que estaba ocurriendo. Evidentemente, solamente ella, conocedora de mi gusto por aquella fotografía suya, me había querido gastar una broma. No había otra explicación posible.

Había apagado nuevamente la luz y estaba adormilado cuando unos pequeños roces en la puerta me hicieron abrir los ojos bruscamente y buscar con inquietud el interruptor de la luz. Me dirigí rápidamente a la puerta y la abrí para encontrar el pasillo vacío. Tengo que reconocer la impresión que me causó descubrir la ropa de una mujer doblada cuidadosamente sobre una silla donde antes sólo había un libro que había estado ojeando, y sobre la cama una nota con su firma: Te esperaba. La broma había rebasado lo admisible y, seguro de encontrarla, salí de la habitación portando una pequeña linterna que siempre llevo, junto con otros instrumentos, en todos mis viajes. Cristina tenía que encontrarse en

el hotel. Lo que no entendía era por qué en lugar de ir a recibirme a mi llegada, de habernos sentado a tomar algo y hablar, que hubiéramos comenzado de una manera más acorde con mis esperanzas nuestro encuentro, quisiera someterme a aquel estúpido juego, y más conociéndome y sabiendo que era una persona que detestaba esas situaciones.

Pensé que lo mejor sería volver a la habitación. Dejar que la luz verde de la mañana descubriera de qué se trataba. Sin embargo, había algo que me impedía regresar, quería continuar y encontrarla. Deseché un escalofrío y un instante de miedo a lo desconocido, encendí la linterna y me aventuré en el pasillo.

Procuré no hacer ruido. Hubiera sido bastante molesto que la dueña del hotel me descubriera y confundiera con un ladrón. Una serie de puertas cerradas y la dirección de la escalera me llevaron a la cocina. Pensé que el lugar elegido por mi instinto obedeció a la frugal cena que había tomado. No había nada especial allí. Abrí algunos cajones vencido por una curiosidad anormal a mí, y finalmente, abrí la puerta de un enorme congelador. Allí encontré a Cristina. En realidad, sólo su cabeza, el cuerpo había desaparecido.

Había sido demasiado tarde y ya no pude hacer nada, ni por ella ni por mí. No me dio tiempo a que mi cuerpo se alarmara, a presentir el peligro. Apenas aprecié el fuerte golpe en la cabeza que me hizo perder la consciencia y ya no recuperarla.

Me alegro de haberme encontrado con Cristina. Ahora estamos los dos sentados en el comedor del hotel.

Pronto comenzaremos juntos el viaje. Solamente nuestra curiosidad nos mantiene aquí todavía. Aunque parezca mentira lo pasamos bien mirando a esta gente que degusta el guiso especial de la patrona, hecho con carne que yo considero de primera. A esta gente, parece gustarles el guiso hecho con mi cuerpo. Nunca hubiera imaginado que pudiera tener tanto éxito.

Ya no tengo que preocuparme por mi conciencia, ha muerto y, además, no tendré que inventar mil cosas para contar a mi mujer de este viaje.

Cristina está tan guapa y arrebatadora como siempre. Me sigue encantando mirarla, y el roce de su intangibilidad pone mi incorporeidad al borde del delirio. Pensar que va a ser así siempre es magnífico, el tiempo no va a pasar por ella, en realidad, ya no va a pasar para ninguno de nosotros.

Se levanta y me mira con una pícara sonrisa. Me muestra su mano para que la coja y comencemos el camino a... no sé dónde, no importa. La miro y sé que adivina mi pensamiento sobre lo mucho que me hubiera gustado haber paladeado su sabor en el guiso de la semana pasada.

# La imagen de tu recuerdo

*Roque Pérez*

## Roque Pérez

Alicantino, diplomado en Óptica y Optometría. Diploma en Novela Negra por la Universidad de Alicante. Ganador del segundo premio de monólogos de terror "*Alicante se asusta*" (2003). Ha publicado el libro de relatos "Veinte Maneras de bajar al sótano", Instituto Gil Albert (2008).

Hoy no es un día como los demás, querido amigo. Después de tantos años acudiendo a este hermoso hotel de la costa, he decidido revelarle el motivo de mis visitas. Desde aquí, sentado en esta terraza, usted puede ver el mar. Sin duda conservará la belleza que tuvo hace años ese remanso azul y tranquilo. Yo, sin embargo, sólo puedo percibir el suave aleteo de la brisa sobre mi rostro, con el rumor de las olas rompiendo en la escollera. Y puedo inspirar el aire, impregnado en salitre, que deja posos salados en mis pulmones.

Usted podría observar muchas otras cosas pero, pese a ello, sus sentidos apenas llegarían más allá; porque el entorno que nos rodea trasciende la experiencia física si aprendemos a mirar con el alma, como yo hice algunos años atrás.

Hace tiempo, estuve enamorado de una dulce chiquilla de mirada luminosa y cabellos rubios. La llamaba “Hija del Mediterráneo” pues le encantaba vivir cerca del mar. Más tarde supe que se trataba más bien de una indicación terapéutica por sus problemas respiratorios. El caso era que aquella niña, que no contaría más de veinte años, iluminaba mi vida con su alegría y vitalidad. Corríamos por la playa cogidos de la mano, lanzando sonrisas al viento. Pasábamos las horas en esta terraza conversando de la vida con el mar de fondo. Disfrutábamos del amor en la misma habitación en que me hospedo cada vez que vuelvo al hotel. Aún conservo la costumbre de verter unas gotas de su colonia sobre las sábanas, de apoyarme en el alféizar de la ventana como solía hacerlo cuando su cabeza reposaba sobre mi hombro, percibiendo el aroma que arrojaban los jazmines.

Pero un funesto día, ella enfermó de gravedad y de nada sirvieron los intentos de los médicos por salvarle la vida. Murió entre mis brazos, suplicándome que no la olvidara y yo así se lo prometí. Desde aquel día se apagó la luz de mi vida para siempre: no sólo la había perdido a ella, sino que una insidiosa diabetes acabó cegando mis ojos a los pocos meses de su muerte. Como usted podrá adivinar, no hay nada peor que verse privado de la vista y, sin embargo, a mi no me pareció tan duro pues, si no podía verla a ella ¿qué otra cosa importaba?

¿Escucha la música del piano? Son los acordes de "Hello Dolly" que siempre suenan a la misma hora en este bendito lugar porque alguien ha pagado para que así sea. No confíe demasiado en las casualidades pues habría cosas que nunca llegaría a comprender. Como los pequeños detalles que nos rodean, los jazmines, las mesas de mimbre e incluso los toldos que cobijan la sombra. Todo ha sido cuidadosamente preparado para que permanezca como yo lo recordaba cuando ella vivía.

No haga caso de estas ridículas lágrimas que fluyen bajo mis gafas de sol. Obedecen a la emoción del momento y no a la rabia impotente que algunas veces se apodera de mi ánimo. Porque tengo que confesarle algo: mis recuerdos visuales se desvanecen.

No piense que sufro alguna enfermedad mental, aunque un atisbo de locura siempre habita nuestros corazones. El caso es que, todo aquello que mis ojos percibieron y quedó guardado en el almacén de mi memoria, ha comenzado a degradarse de tal forma que apenas puedo mantener esas evocaciones con la misma vivacidad de antaño. Allí se difuminan sin remedio las puestas de sol, el color de las flores o la belleza de los paisajes.

Estamos vivos porque recordamos y al hacerlo insuflamos vida en esos mismos recuerdos. Mi amada “Hija del Mediterráneo”, ya sólo existe en la mente de este pobre viejo sentado en la terraza con el traje de los domingos. Por desgracia, se borrará nuestra existencia tras la muerte física. Nadie se acordará de nosotros en dos o tres generaciones, por ello decidí recomponer su imagen a diario con la ayuda de este ritual sensitivo para cumplir mi promesa de mantener vivo su recuerdo hasta el final de mis días. Así, de alguna manera, ella siempre me acompañará.

Y ahora, déjeme solo con mis recuerdos. Puede volver dentro de un rato, si usted quiere. En mi bolsillo hay una cartera con dinero suficiente para pagar los gastos. Y sino es mucho pedir, le ruego que nunca me olvide...

Otra noche más sin él

*Cuca Gálvez*

## **Cuca Gálvez**

Nacida en Toledo y profesora de Lengua de Instituto de Secundaria. El relato finalista en el certamen “Do not Disturb” es su primer texto literario premiado.

Después de tantas veces de intentarlo, de varias llamadas telefónicas reservando habitación, de varias llamadas telefónicas anulando la reserva, su sms no ofrece dudas: “Imposible otra vez. Mañana tampoco nos veremos. Problema familiar. Un beso”.

Ella lanza el móvil sobre el sofá con la decepción en los dedos que han abierto la puerta al doloroso mensaje; con la decepción en los ojos que han seguido el breve espacio de la ausencia en tres frases y una despedida.

Sólo quiere citarse con él. Subir a su coche y buscar la dirección que lleva anotada en un papel. Dar sus datos a alguien que se los pide detrás de un mostrador. Entrar en ese Bungalow Romántico que abre un paréntesis a la vida cotidiana. Pasar una noche a su lado. Hacer el amor con él.

No se resigna. No va a anular esa reserva. Va a vivir sola esa noche mágica que ha preparado con tanto esmero, y en ese escenario va a soñarla con él. Y va a enviársela con la misma facilidad con que él le envía su cambio de planes. El correo electrónico sabrá guardar el secreto y les hará un guiño a ambos.

Cuando llega al hotel, sube a la habitación y cuelga el cartel de “Do not disturb”. Saca de su pequeño bolso de viaje su mejor lencería, su mejor perfume, y se lo pone para él. Toma su portátil y se conecta a Internet. Un extraño hilo le trae a su pantalla la dirección de correo del hombre amado, algo tímido y nada atrevido, al que comienza a contar paso a paso su encuentro como si estuviera ocurriendo entre las paredes de ese bungalow.

Asunto: EN EL HOTEL CONTIGO	
De:	ella
Enviado:	un día de mayo 19:30
Para:	él

Es posible que enviarte esto no sea lo más acertado: quizá no es el momento, ya lo sé. Pero puedes no abrir la puerta de ese adjunto y dejarlo para otra ocasión. Sólo quiero llevarte lejos por un rato, traerte conmigo a este hotel que nos prometía una primera vez.

Hoy no tenemos noche para vivirla juntos. Pero quiero regalarte lo más parecido a esa noche imaginada, aunque sea virtual: es nuestro destino la virtualidad del correo electrónico.

He intentado vivirla para los dos como soy capaz de imaginarla ahora que te la estoy escribiendo. Tal vez ayer o mañana saldría de otra forma.

Puedes intentar entrar en la escena al final del relato. Te dejo abierta esa oportunidad

Un beso.

#### ARCHIVO ADJUNTO

*Llego al hotel y doy mis datos. Subo a la habitación donde por fin voy a encontrarte. Es el final de una larga historia: o tal vez el principio.*

*Cuando oigo tus nudillos en la puerta me salta el corazón y quiere ir a abrir. Lo pongo de nuevo en su sitio; no es cuestión de que me encuentres con el corazón golpeándose atolondrado de esquina en esquina.*

*En la misma entrada comienza nuestro baile. Un cortejo animal: de aves, o de peces o de mamíferos. Todas las especies del mundo cortejan de la misma manera.*

*Me acerco a tu oído para susurrarte que ya tienes la intimidación que precisabas para mostrarte como eres. Nadie puede verte, no temas.*

*Voy desabrochando tu camisa y te digo en broma que no va a dolerte. Sonrío y eso calma los nervios, se lleva la incertidumbre y los miedos de paseo por el pueblo mientras pensamos en desnudarnos. Así los desistamos y nos dejan solos.*

*Te beso en la nuca y paso mis dedos por tu pelo. Te beso los ojos y llevo mis dedos a tus sienes. Desciendo por tu barba y beso tu nariz, las comisuras de tus labios. Te acaricio la espalda, los hombros. Me detengo en tu cuello, que está hecho a mi medida, con la curvatura exacta. Te beso sin dejarte marcas, aunque querría morderte, aspirarte, tragarte.*

*Me han dicho que aquí todavía cantan los pájaros; que puede oírse su sinfonía si paseas por los jardines que rodean el hotel. Vamos a comprobarlo. Me gusta el ruido del mar y a ti el de los pájaros. Aún luce el sol y hace un calor tibio en este atardecer de mayo. Caminamos sin saber dónde lleva el sendero. Te acaricio una mano, en la palma, en las yemas de los dedos. Meto la mano izquierda en el bolsillo trasero de tu pantalón. Y hay un silencio cómplice que no resulta incómodo para*

*ninguno de los dos. Yo me recreo en el momento. Tú, no sé en qué piensas. He aprendido contigo a no preguntar demasiado.*

*El sol se va marchando. Al volver al hotel bebemos una copa de vino y tomamos algo. ¡Qué placer es escucharte hablar, contar cosas tuyas, sean o no importantes o trascendentes! El tiempo se convierte en enemigo. Se diluye tan rápido que las horas no son nada. Es azúcar en una taza de café recién hecho. Le increpo en silencio por ser tan efímero, me enfurezco con él en un aparte, pero tú no lo notas.*

*Hace calor y mis manos se pegan a mi piel. Voy a darme una ducha. Te pido que me ayudes a enjabonarme la espalda. Hay espacio para dos y yo te hago un hueco a mi lado. Tú colaboras obediente. Pasas tus manos llenas de espuma por mi espalda. Pero no me contento. Todo mi cuerpo te va llamando dulcemente por tu nombre y tú no puedes desoír ese canto de sirenas. Así que te vas deslizándote más abajo, donde dices que mi piel se vuelve suave. El jabón hace que toda yo sea suave, no importa que zona toques. Me acerco a ti y te abrazo, te acaricio. Voy rompiendo con mis yemas las burbujas que decoran tu piel con minúsculos golpecitos, soplo las pompas de jabón y las hago volar. Mi sexo plano se pega al tuyo buscando tu relieve y se mueven al unísono, con el ritmo de un baile lento. Ambos están suaves y escurridizos. Te beso en la boca, que siempre me atrae, y no puedo sustraerme a su embrujo.*

*El agua nos llueve y se lleva la espuma, arrastra esta noche por el desagüe, nuestro tiempo juntos, el presente que hemos construido para un ahora mismo. Yo lo veo todo girar como un remolino alrededor del*

*sumidero, en el sentido opuesto al movimiento de las agujas del reloj por ese efecto mágico de la rotación de la Tierra.*

*Me envuelvo en una toalla y me seco levemente. Voy a la habitación donde he dejado mi ropa y me siento en la cama. Fuera está oscuro. Por la ventana veo la luna creciendo. Ya deja ver su mitad superior derecha completa. Está nítida, se le aprecian los cráteres. Puedes asomarte ahora y comprobarlo...*

¿Quieres continuar tú la historia y darle un final? Ahora es cuando puedes ser libre, hacer lo que quieras; nadie te ve, nadie te va a pedir cuentas. Confía en mí.

No me gusta imaginar sola; prefiero que me ayudes a vivir esta noche que nos habíamos prometido después de tantas dudas, como un salto al vacío arriesgado y salvaje.

Pero si no quieres hacerlo, o no te sientes con fuerzas; si no es el mejor momento para soñar, una velada conmigo, no importa. Yo imaginaré para los dos cómo termina este día de mayo. Y será precioso. Seguro.

## BENIDORM

SERVIGROUP  
**CASTILLA** ★★★★★

SERVIGROUP  
**DIPLOMATIC** ★★★★★

SERVIGROUP  
**CALYPSO** ★★★

SERVIGROUP  
**NEREO** ★★★

SERVIGROUP  
**ORANGE** ★★★

SERVIGROUP  
**PUEBLO BENIDORM** ★★★

SERVIGROUP  
**RIALTO** ★★★

SERVIGROUP  
**TORRE DORADA** ★★★

SERVIGROUP  
**VENUS** ★★★

## VILLAJOYOSA

**MONTÍBOLI** ★★★★★

## PLAYAS DE ORIHUELA

SERVIGROUP  
**LA ZENIA** ★★★★★

## PEÑÍSCOLA

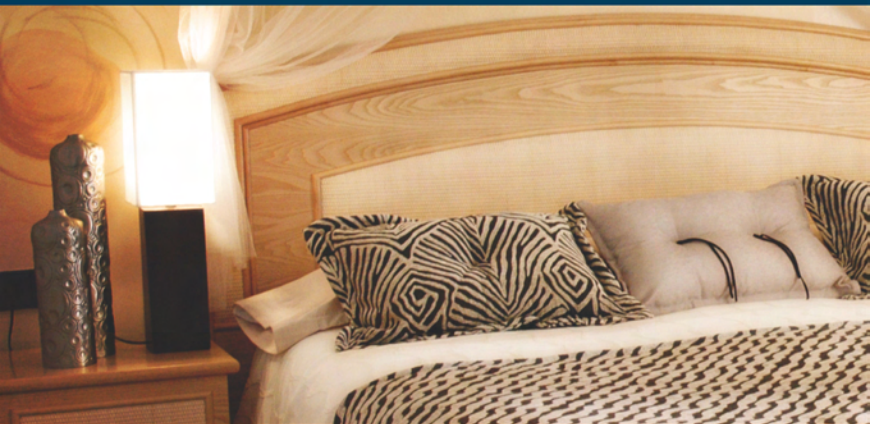
SERVIGROUP  
**PAPA LUNA** ★★★★★

## MOJÁCAR

SERVIGROUP  
**MARINA PLAYA** ★★★★★

SERVIGROUP  
**MARINA MAR** ★★★★★

Historias de amor, de sueños robados a la memoria, de encuentros fortuitos y hasta de fantasmas circulan por estas páginas, que tienen como escenario una habitación de hotel. Los personajes que dan vida a estos relatos acompañarán su estancia y le invitarán a llevarlos en su recuerdo allá donde su viaje continúe.



HOTEL ★★★★★  
MONTIBOLI



AJUNTAMENT DE LA VILA JOIOSA



CAM

Caja Mediterráneo

